

PARA JUANI

Raúl Beceyro

El sábado 11 de junio de 2005 falleció en París Juan José Saer. Fue incinerado el jueves 16.

En la familia le decían Juani, y también era Juani para sus amigos. En la Universidad de Rennes era Juan José, excepto para algunos, más cercanos, que también lo llamaban Juani.

Por eso cuando uno lee a algún escritor argentino manifestar su cercanía con Saer y, en esa tentativa, llamarlo Juan José, algo pasa: tan íntimo no era, tan cerca no estaba.

Algo parecido pasaba con Juan L. Ortiz. Sus amigos íntimos, entre los cuales estaba Juani, lo llamaban Juan. Era Juan L. para los otros y “Juanele” (escrito así, con todas las letras) para quienes querían fingir una intimidad que no se tenía.

Otro escritor, que según se aclaraba en el diario, había compartido los años franceses con Saer, transcribía algunas de las dedicatorias que le había escrito Juani en algún ejemplar de sus libros. Ingenuamente ese escritor suponía que esa costumbre (la dedicatoria) manifestaba cierto grado de familiaridad y de intimidad con Saer. Pero el problema es que Saer nunca dedicaba sus libros a los amigos; se los daba y listo. Lo que sí hacía era dedicar, en el texto, la novela, el cuento o el libro de ensayos, a algunos de sus amigos. A mí, por ejemplo, me dedicó el cuento “Verde y negro”, del libro *Unidad de lugar*. Pero ni yo ni ninguno de sus amigos íntimos tenemos ejemplares dedicados por Juani de sus libros.

Había algunos amigos, pero no tantos, que le decían “Turco”. Seguramente en su infancia era llamado Turco por compañeros de escuela o de juego, con una intención posiblemente no demasiado benévola. Su padre era un “Turco”, es decir un vendedor de telas y de ropa, que iba de casa en casa y de pueblo en pueblo, y que había nacido en Siria. Lo de “Turco”, seguramente, había sido

para el niño Juan José Saer casi un insulto. Y algo de eso había quedado, para siempre, en el apodo de Turco. Por eso sus amigos íntimos jamás le decíamos Turco, y quienes lo hacían, era posible que le dijeran Turco más frecuentemente cuando él no estaba, que en su presencia.

LOS AMIGOS

Robert Louis Stevenson escribió:

Todo libro, en sentido íntimo, es una circular dirigida a los amigos de quien lo escribe. Solo ellos perciben su sentido, encuentran mensajes privados, afirmaciones de amor y expresiones de gratitud, desparramados para ellos en todos los rincones. El público, los otros lectores, no son más que un mecenas generoso que paga el franqueo [...] ¿De qué puede enorgullecerse un hombre, si no está orgulloso de sus amigos?

No es un gran mérito haber sido amigo de Juan José Saer. Uno se hace amigo de alguien por una serie de circunstancias azarosas y luego, con el tiempo, esa relación sobrevive o muere, se desarrolla, conoce altos y bajos, momentos muy cercanos y alejamientos.

Tampoco hay que tener una imagen idealizada de la amistad. Ha habido dos ocasiones en que estuvimos distanciados por bastante tiempo, y en los últimos años habíamos llegado a una especie de acuerdo de caballeros, y los motivos de disenso, esos temas que en otras épocas hubieran originado encarnizadas discusiones, eran tratados en broma, haciendo chistes, ironizando sobre la posición del otro.

Me parece que si el fallecimiento de Juan se hubiese producido en uno de esos momentos en que estábamos distanciados, seguramente me sentiría muy mal, culpable de haber cometido un error de valoración, de no haber sido capaz de comprender qué

era lo principal, y qué lo secundario, lo accesorio, en esa amistad que teníamos.

En 1962 comenzamos los cursos del Instituto de Cinematografía de la Universidad Nacional del Litoral un grupo de estudiantes entre los cuales estaban Marilyn Contardi, Patricio Coll, Pucho Courtalón, Nicolás Sarquis. El profesor de Integración Cultural era Hugo Gola y unos meses después Juani era el profesor de Historia del Cine y de Crítica y Estética Cinematográficas.

Los cinco alumnos y los dos profesores nos convertimos en amigos. Así compartíamos no solamente las clases sino el antes y el después. Aún recuerdo los ravioles con crema que se comían en el Norteño, cerca de medianoche, una vez terminadas las clases del Instituto.

En noviembre del 62 Juani se casó con Bibí, y se fueron a vivir a Colastiné Norte. En ese momento, y algunas fotos amarillentas lo confirman, Colastiné era un lugar despoblado y sin árboles. Comenzamos a ir a la casa de Juani y Bibí y recuerdo que ahí comíamos, más frecuentemente que asado, sardinas con cebollas y papas fritas con salsa tártara, comidas improvisadas que nos parecían manjares.

Por otra parte me parece que uno aprendía de Juani más cosas fuera de las clases que durante el ejercicio de su oficio de profesor. Fue gracias a Juani, por ejemplo, al entusiasmo que sentía por algunos escritores que estaba leyendo en esos momentos, entusiasmo que nos transmitía, que uno comenzó a leer a Faulkner, Proust, Thomas Mann, Dostoievski, Joyce y Virginia Woolf. Por supuesto que él no decía "lean esto", pero bastaba que mencionara a algunos de ellos para que uno fuera, comprara los libros y los leyera. Podía así compartir ese entusiasmo.

Este mecanismo funcionó hasta muchos años después. En 1990 recuerdo haber leído, mecanografiado, el ensayo de Juani "El concepto de ficción", que después publicó la revista "Punto de vista" y que apareció en el 97 en el libro de ensayos que tiene

ese título. Lo leí y ahí me encontré con los nombres familiares, esos autores y personajes con los cuales, gracias a Juani, me había familiarizado. Pero había un libro que nunca había oído mencionar, del que nunca había escuchado hablar. Recuerdo (estaba en Francia en ese momento) que casi irritado fui a comprar la edición de bolsillo de *Tristram Shandy* de Laurence Sterne. Gracias a Juani, nuevamente, tardíamente, tuve así otro de mis más grandes placeres como lector.

Me queda, como un recuerdo agradable, el haber suscitado, una vez, su interés por un libro. Hace unos años le hablé con entusiasmo de *Nostramo*, de Conrad, que yo acababa de leer, y me pareció que o bien Juani no lo había leído o no lo había encontrado tan bueno.

Desde entonces no creo que hayamos vuelto a hablar de *Nostramo*, pero el 16 de junio, cuando después de la ceremonia de incineración fuimos a la casa de Juani, en su escritorio, a la derecha del lugar donde se ponía a escribir, vi una edición de bolsillo, en español, de *Nostramo* de Joseph Conrad.

Como amigo de Juani uno no estaba al tanto de sus peripecias narrativas. Juani escribía cuando uno no estaba, y no contaba lo que estaba haciendo, en ese “acto social de un hombre solitario” que es el arte. Sin embargo, por una parte, uno compartía con él lo que se podría llamar su “alimentación”: los autores que leía, narradores pero también ensayistas (él leyó, y uno gracias a él leyó, a Adorno y a Benjamin cuando casi nadie sabía quiénes eran Adorno y Benjamin). Con los films era un poco distinto, ya que era más bien la insistencia de uno al mencionar a Lindsay Anderson o a Andrei Tarkovski, por ejemplo, lo que hizo que Juani valorara finalmente *O Lucky Man!* o *El sacrificio*, aunque Tarkovski le pareciera un poco “catolicón”.

Por otro lado, uno vio desarrollarse, casi desde el principio y casi hasta el final, lo que Juani escribía. Así fue conociendo uno a uno sus libros, algunos antes de ser publicados.

Este conocimiento gradual de lo que Saer escribió, a medida que iba escribiéndolo, permitió que los encuentros que uno iba teniendo con sus textos constituyeran momentos inolvidables: aún recuerdo ese atardecer de diciembre del 86, en que iba casi corriendo a la casa de Hugo Gola, para poder decirle a Juani, que se encontraba ahí, que acababa de leer *Glosa* y que me parecía un libro extraordinario.

SU ÚLTIMO LIBRO

Cuando falleció Juani se habló mucho de *La grande*, esa larga novela que venía trabajando desde hacía años y que dejó inconclusa. La última vez que hablé por teléfono me dijo que le faltaban veinte páginas. No sé cuándo ni cómo aparecerá *La grande*, pero el hecho de que no haya podido terminarla hace que su último libro sea *Lugar*.

Lugar apareció en el 2000, y cuando entonces pedí en la librería de Santa Fe “el último libro de Saer”, me ofrecieron *La vuelta completa*, que Saer había escrito más de treinta años atrás, porque acababa de salir una reedición en Seix Barral.

Lugar mereció en *La Región*, el diario de Santa Fe, una nota bibliográfica. (Me permitirán que llame al diario con el nombre que Saer le dio en sus narraciones, y no el real. De la misma manera la avenida que corre junto al puerto de Santa Fe siempre será para mí la Avenida del Puerto.)

El periodista de *La Región* que escribió esa nota escondía imperfectamente el desagrado o el resentimiento que le producían Saer y su obra. Fue ese mismo periodista quien, poco después de la muerte de Saer, preparando una nota para *La Capital de Rosario*, habló con algunos amigos de Saer, y se creyó obligado a aclarar que la nota que estaba escribiendo “iba a ser a favor”. Aclaraba que esa especie de nota necrológica estaba escrita “a favor de Saer” (y no en contra, como era previsible dado lo que pensaba su autor).

Pero volviendo a *Lugar*, el último libro de Saer, es el quinto libro de cuentos, después de *En la zona*, *Palo y hueso*, *Unidad de lugar* y *La mayor*. Sus veintidós textos son en general breves, a veces de tres o cuatro páginas. El más largo se llama “Recepción en Baker Street”.

La historia del relato es la siguiente: Nula, un vendedor de vinos, recibe la visita en Santa Fe del gerente de “Amigos del vino”, para quienes trabaja, y al cabo de un par de días lo lleva a tomar el ómnibus para Buenos Aires, justo cuando se larga una lluvia torrencial. El gerente se va y Nula se queda en la entrada de la Terminal, esperando que pare la lluvia. En ese momento llegan corriendo Soldi, Tomatis y Pichón Garay. Van al bar de la estación y Nula los invita a tomar algo. Saer continúa el relato:

Mientras esperan el pedido —tres cervezas y un café para Soldi— Soldi explica que, con los otros dos, han pasado el día en el río, ya que han ido en lancha hasta Rincón Norte a visitar a la hija de Washington Noriega, que hicieron un pic-nic en la isla a la hora del almuerzo, y que volvieron al anochecer; y que estaban terminando de comer una picada en el patio cervecero de la otra cuadra, cuando se vino la tormenta.

Nula escucha la conversación de los tres, pero como “no logra entender de qué están hablando, Soldi le informa —un caso auténtico de asesino en serie que ocurrió hace unos años en París”.

En ese momento el lector conocedor de la obra de Saer se da cuenta de que está leyendo la continuación de *La pesquisa*, novela de 1994, en la que la historia del asesino en serie que ocurrió en París, es contada por Pichón Garay a Tomatis y a Soldi, en un patio cervecero cerca de la Terminal de Santa Fe. Al final de *La pesquisa* se desata esa tormenta con la que comienza el relato incluido en *Lugar*.

El lector puede entonces preguntarse acerca de las características de los “cuentos” de Saer. Cada vez más frecuentemente, y

el caso de “Recepción en Baker Street” lo demuestra, los cuentos son más bien fragmentos de una narración más amplia, en la que están incluidos, y mantienen con otros relatos, novelas o cuentos, relaciones complejas. En este caso se retoma una narración en el momento exacto en que ha sido dejada en un libro publicado varios años antes, y en consecuencia ese relato breve forma parte de una trama mayor.

En ese sentido los “argumentos” de *La mayor* fueron los primeros que establecieron esa relación compleja entre diferentes relatos de Saer, dado que tanto *En la zona* como *Unidad de lugar* son, más definidamente, “libros de cuentos”. A partir de *La mayor*, entonces, resulta difícil leer como simples cuentos esos relatos breves en los que Saer continúa, laborioso, trabajando su figura en el tapiz.

SAER DIRECTOR DE CINE

En la página 105 de *Lugar* se puede leer el brevísimo texto “Noche-ro”. El Gato Garay está tomando un vermouth en el Gran Doria cuando ve en la vereda de enfrente, parado frente a la vidriera de una confitería, a un hombre de unos treinta años que compra bombones a una nena de diez, y que se va con ella. Su intención es frustrada por la llegada de la madre, el hombre huye y la madre, inquieta y enojada, interroga a las vendedoras de la confitería para saber qué había pasado. El Gato Garay se levanta y se dirige a la casa de unos amigos donde ha sido invitado a cenar.

Este texto se relaciona con el intento de Saer, finalmente frustrado, de dirigir una película.

Es conocida la relación de Saer con el cine, a partir del hecho de haber sido profesor del Instituto de Cinematografía de la UNL. Juani era un cinéfilo, su interés por el cine, su conocimiento del cine, lo acompañó siempre, y su tentativa por hacer una película se produjo en 1977.

Saer vivía entonces en la ciudad de Rennes, en un edificio de departamentos ubicado frente a la universidad donde daba clases. Uno de sus alumnos tenía un equipo de Super 8, con el que filmaba ingenuos relatos relacionados con leyendas bretonas. Saer le pidió prestado el equipo y comenzó a filmar, en el centro comercial del barrio de la universidad, una película cuyos personajes eran un hombre de unos treinta años (interpretado por un actor amigo) y una niña de diez, la hija de otros amigos.

El hombre trataba de atraer a la niña, que estaba en la entrada de un supermercado, tal como lo hace el personaje de “Nochero”.

Eso es todo lo que recuerdo de ese intento de Saer por hacer cine. El material fue revelado, pero nunca terminó la película.

Y veinticinco años después tenemos “Nochero”. Uno no sabe si Saer, cuando filmaba la película, tenía algo escrito, y si ese texto es el que aparece en *Lugar*. O si algo escrito entonces, ha sido re-trabajado ahora, para convertirse en “Nochero”. Tampoco uno sabe qué marca dejó en Juani aquel film inconcluso y hasta qué punto el texto de *Lugar* es una revancha contra ese film que no pudo ser. Y uno puede pensar en esa superposición de las dos imágenes: el centro comercial francés del 77 y el Gran Doria, donde se desarrollan algunos relatos de Saer, ese bar que ya no existe (está el Clapton), y que estaba en Mendoza y San Martín, justo frente a esa confitería que tampoco existe.

El último de los relatos incluidos en *Lugar* se llama “Cosas soñadas”, y es seguramente el mejor de los textos del libro. Los personajes ya no son, o no solamente, Tomatis o Barco, sino sus hijas. El personaje central es Gabriela, la hija de Barco, que tiene, como dice Tomatis, “una fuerte vocación literaria”. También, en una línea, aparece desplegada en toda su complejidad Alicia, la hija de Tomatis, irritada porque Gabriela llama a su padre “Carlitos”.

Tomatis, convertido en interlocutor privilegiado de Gabriela, lee el texto que ella escribió, en el que la hija de Barco ha inten-

tando desembarazarse de toda referencia autobiográfica. Entonces “como ella era mujer; el personaje del fragmento, como Gabriela llamaba a su escrito, era un hombre; como ella era joven, su personaje era un jubilado, y le había elegido su lugar de residencia al azar; haciendo girar un globo terráqueo y, después de cerrar los ojos bien fuerte para no hacer trampas, aplicando el dedo índice en un punto cualquiera del planeta, que resultó ser la ciudad de Paula, en el sur de Italia”.

El breve texto escrito por Gabriela se llama “El sueño de don Girolamo”, y cuando se encuentran nuevamente con Tomatis, éste saca un papel donde había anotado todos los datos directamente biográficos que el texto oculta imperfectamente.

El novio de Gabriela, que asiste a la conversación (que se desarrolla en la casa de Tomatis, mientras toman un vermouth), cuenta que una vez, en un restaurante catalán, en el menú figuraba un “Plato soñado”, que resultaba estar elaborado con gelatinas, colorantes y diferentes ingredientes, y que reconstituía la forma y el sabor de un marisco del Atlántico, que justamente no existe en el Mediterráneo. Y el cocinero le había explicado que el plato se llamaba “soñado”, porque las sensaciones gustativas y táctiles que producía eran semejantes a las de los sueños.

Saer termina así “Cosas soñadas”, y el libro *Lugar*.

Aunque el aire iba poniéndose casi negro, como estaban bastante cerca unos de otros, podían verse en la penumbra tibia del anochecer. Sus voces resonaban demorándose un poco, y el cielo en el que no había una sola nube, estaba de un azul oscuro pero todavía luminoso; ya brillaban en él, con esa intermitencia vacilante con que van instalándose en los anocheceres de verano, las primeras estrellas. La dosis moderada de alcohol que acababan de tomar comenzaba a producirles efecto, manifestándose en una levisima efervescencia y una euforia que, aunque artificial como la sensualidad de los sueños, no era menos exaltante. Y la sonrisa de Tomatis se hizo más amplia,

y secretamente orgullosa, cuando le oyó decir a Gabriela que, si se reflexiona un poco, todos los platos que nos ofrece el mundo son soñados, no únicamente el redondel de caldo, amarillo y humeante, sino también cada una de las cucharadas que, con aceptación resignada, nos llevamos a la boca.

SAER, SANTA FE Y *LA REGIÓN*

Saer y la ciudad de Santa Fe están íntimamente relacionados por varios motivos. En primer lugar porque Saer vivió en Santa Fe desde su infancia hasta los treinta años, cuando viajó a Francia, y luego volvía periódicamente.

Además en los textos de Saer Santa Fe es omnipresente. Uno de los elementos centrales de su novela *Glosa*, por ejemplo, son las veintiuna cuadras de la calle San Martín que recorre Angel Leto, el protagonista, desde Boulevard hasta el Parque Sur.

Otras veces Santa Fe es introducida de manera sorpresiva. En *La Pesquisa*, la historia del asesino en serie que mata mujeres en París, Saer hace “pasar” esa historia por Santa Fe, porque en un patio cervecero cerca de la terminal nueva, Pichón Garay le cuenta a Tomatis y a Soldi la historia del asesino en serie. Al final de *La Pesquisa* se desata una tormenta y comienza a llover, en Santa Fe, no en París.

A veces aparecían por Santa Fe estudiosos de Saer, generalmente mujeres, como Graciela Montaldo y Mirta Stern, que recorrían los lugares, reales, donde se desarrollaban las narraciones de Saer, y hablaban con algunos de sus amigos.

Pero no todo es armonía entre la ciudad y su hijo dilecto, el que la hizo conocer en todo el mundo. En primer lugar para *La Región*, el diario de la ciudad, Saer prácticamente no existió. Mientras los diarios y las revistas nacionales cubrían profusamente los viajes de Saer, la aparición de sus nuevos libros y la reedición de sus textos anteriores, de Saer, en *La Región*, no se hablaba. Con qué secreta

alegría, seguramente, algunos de los escritores-periodistas de *La Región*, obedecían las indicaciones de los superiores, que señalaban a Saer como un indeseable.

Para muchos escritores santafesinos, para quienes Saer hubiera podido ser una referencia y un estímulo en su propio trabajo, Saer era una presencia perturbadora. Era justamente lo que ellos no podrán ser nunca.

A veces todavía se recuerda la vez en que la publicación de un cuento de Saer en el diario provocó un escándalo. Lo que pasó fue más o menos lo siguiente: en 1956 se produce la incorporación de un grupo de colaboradores (entre ellos Saer y Gola) a la parte cultural de *La Región*. Aunque no existía una sección estable, en ocasión de la publicación de suplementos especiales, aparecieron trabajos de Juan L. Ortiz, Edgard Bayley, Raúl Gustavo Aguirre, Juan Carlos Portantiero, Juan José Sebrelli.

En enero del 59 comienza la publicación de un suplemento cultural semanal, con esas firmas y otras similares, hasta que en el número del 26 de abril aparece el cuento de Saer "Solas" que, al aludir a una relación sentimental entre dos mujeres, provoca un escándalo, la interrupción del suplemento cultural y la separación de los responsables.

Cuenta la leyenda que el entonces dueño del diario llamó a los culpables del escándalo y les dijo: "Miren muchachos, lo que ustedes hacen está muy bien. Pero Santa Fe es una ciudad mediocre, *La Región* es un diario mediocre y por lo tanto su página literaria tiene que ser mediocre".

Para quien quiera conocer, de primera mano, el origen del escándalo, le sugiero que lea "Solas" en los *Cuentos completos* de Saer. Ahí está el pudoroso relato que conmovió la tranquilidad de la ciudad de provincia.

SAER Y BORGES

En algunos de sus ensayos Saer menciona a Borges, y habla de un único encuentro que tuvo con él, “una tarde de 1967 o 1968”.

Ese encuentro se produjo porque Saer, que era asesor en cuestiones culturales del Coveiq, entidad que organizaba una rifa destinada a solventar el viaje de estudios de los egresados de la Facultad de Ingeniería Química, trajo a Borges para que diera una conferencia en Libretex, una librería que estaba en San Martín al 2100. En esa ocasión, al parecer, Saer y Borges estuvieron conversando antes y después de la conferencia.

En aquel momento, a pesar de que ya había escrito casi toda su obra, Borges no tenía ni remotamente el reconocimiento público que tuvo años después, e incluso entre los intelectuales de izquierda se criticaba a Borges, a causa de su conservadurismo político. La admiración que Saer (y Gola) tenían por Borges, era una anomalía para sus amigos de Buenos Aires. Recuerdo en alguna ocasión a alguno de ellos preguntar, extrañado: “¿qué le veían a Borges en Santa Fe?”

Traer a Borges a Santa Fe en ese momento era, al mismo tiempo, un acto de coraje y una declaración de principios. De esa manera Saer contribuía a hacer de su ciudad un lugar mejor, más hospitalario y más exigente.

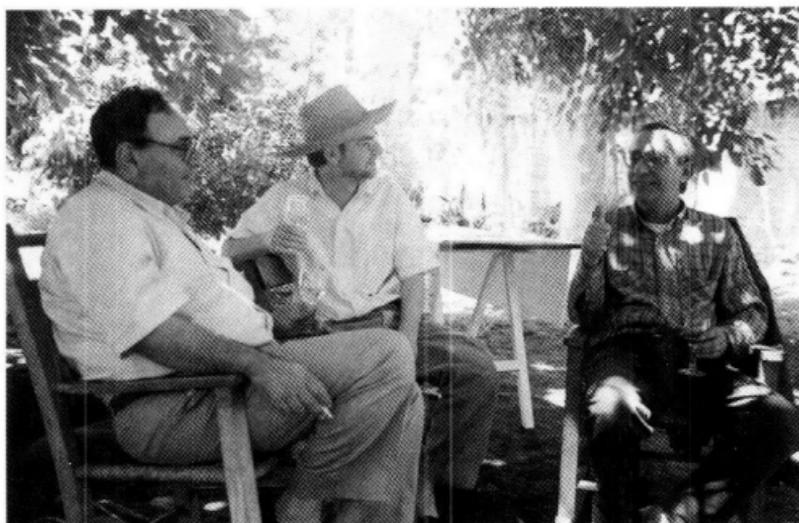
Una de las últimas veces que hablé con Juani (creo que fue la anteúltima), le conté una anécdota atribuida a Borges, y que acababa de leer en el diario. Un día Borges recibió por correo un texto suyo, publicado por el editor italiano Ricci, en una de esas ediciones suntuosas, de lujo, para bibliófilos. Borges lo abrió, lo tocó (ya no podía ver), pidió que se lo describieran. Después sentenció, mientras lo dejaba de lado: “Pero esto no es un libro, es una caja de bombones”.

Todavía recuerdo la carcajada de Juani, del otro lado.

FINAL

Juani falleció el sábado 11 de junio. El domingo 12 algunos amigos (fue idea de Marilyn), hicimos un asado en Colastiné. Un asado muy parecido al que seguramente habríamos hecho en septiembre, si Juani hubiera venido a recibir el Honoris Causa de la UNL y a ser Jurado del Premio Clarín. Incluso fui a comprar tres botellas que pensábamos tomar en septiembre: el Malbec de "Altos Las Hormigas" y los Merlot de "Weinert" y de "Fabre Montmayou". (Por supuesto que él ya conocía el "Weinert", pero nunca había probado, creo, el "Altos Las Hormigas".)

Estábamos en ese asado Roberto, Oscar, Pipi, Uchi y Marilyn. El que faltaba era Juani. Pero vamos a tener que ir acostumbrándonos.



Juan José Saer, Raúl Beceyro y Roberto Maurer